

**Marcelo Matas
de Álvaro**

Gesticulan voces



minimal 1

COLECCIÓN Minimal
DIRECCIÓN EDITORIAL Javier Lasheras

© DEL TEXTO Marcelo Matas de Álvaro
© DE LA EDICIÓN Asociación de Escritores de Asturias
EDITA Literarias. Asociación de Escritores de Asturias

DISEÑO Y EDICIÓN ELECTRÓNICA Pandiella y Ocio
ISSN 1989-3973

Marcelo Matas de Álvaro
Gesticulan voces



ASOCIACIÓN DE ESCRITORES
DE ASTURIAS

En el silencio de mi noche ardiente,
las letras, locas, gesticulan voces.

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO
(de *Vendrán más años malos*
y nos harán más ciegos)

El vendedor de la librería de viejo está sentado tras su mesa de roble. Mesa ancha y rotunda, rescatada, en lejanos años, entre las ruinas de la herencia de un médico centenario. Mesa que aún guarda en la curada piel de su madera el invisible vestigio de unos brazos en cruz, el médico de repente caído sobre ella, asesinado a traición por la única dolencia con la que se había resignado a convivir hasta el final de sus días: el tiempo inmisericorde, la propia enfermedad de estar aún vivo. Mesa de largo horizonte y ángulos rectos que, en épocas convulsas, fue testigo impertérrito de que un juez firmara sobre el tapete negro que la cubría su propia sentencia de muerte.

Sobre ella —patas firmes y robustas, veteadas de azabache en sus nudos vírgenes— se sostienen columnas de libros, pilas de papeles y torres de Pisa con discos de vinilo a punto de ser escupidos desde sus fundas.

Sentado en el sillón de cuero verde, el vendedor abandona un instante su trajín con los libros, la cotidiana tarea de empadronarlos en las fichas manidas y, sin apenas moverse, alcanzando con su mano la aguja del gramófono, la hace descender con mimo hasta escuchar la voz azul y triste de Billie Holiday.

Let's call a heart a heart.

Al otro lado de la mesa, hipnotizados por los ecos sordos del mueble e instalados en el mutuo reconocimiento de una culpabilidad compartida —la de tener cada uno la voluntad de ser el otro—, un poeta y un catedrático dialogan como pacientes ya curados de males antiguos,

pero contrarios a que les den el alta hasta sanar por anticipado de todos sus achaques por venir.

Cada uno va disfrazado como cree que debería ser el aspecto del otro. El poeta se esfuerza por cubrir bajo un sombrero de fieltro gris una sesera que presume de no tener pelos en las ideas. El catedrático envuelve con gudejas negras las palabras soñadas de amores inciertos. Atusa el poeta con una mano su lengua barba al tiempo que con la otra empuña los libros como si fuesen armas. Con el fino bigote enmarcando la mosca y la perilla, el catedrático hace volar sus manos en pos del libro levemente escrito, leído y posado en la emocionada nube de la memoria. Y mientras el poeta luce un elegante terno de paño con un reloj de leontina asomando del ojal del chaleco, el catedrático cubre su cuerpo con ropas de bohemio, orladas las trazas de su mengua en un baile de garambainas y perendengues.

Con todo, lo más llamativo de sus disfraces es la prominente barriga del poeta y la extrema delgadez del catedrático.

Miss Brown to you.

Del fuelle de la panza parecen salir todas las graves voces que almacena la larga y noble prosapia de los poetas cardenalicios, los poetas castrenses, los poetas laureados, la aburrida aristocracia del ripio. Del afilado espectro del flaco silban como pájaros sin nido los catedráticos jamelgos, los catedráticos mendrugos, los catedráticos peregrinos, la ajada y sucia mano de todos los sofistas mendicantes. Postula el poeta en latinajos, adorna el catedrático su prosa con metáforas.

—Mens sana in corpore sano.

—Es en la mesa sana donde mejor yace el cuerpo de la peste.

—Corpore in sepulto.

- Sólo soy yo el sepulcro de mí mismo.
—Requiescat in pace.
—No hay paz donde no habite el insolente silencio de las calaveras...
—Mortis causa.
—...y tenga como origen el abandono inmisericorde y sin duelo de todas las estrellas.
—Deux es machina.
—También es la rueca que hila sin cesar el eterno ovillo del olvido.
—In illo tempore.
—La madre, el padre... todos los antepasados de todas las derrotas.
—Totum revolutum.
—De agua y tierra sólo, sin aire, no nace nadie.
—Tabula rasa.
—Somos mesa y a la mesa volvemos.

No hablan entre ellos, se dirigen al médico y al juez encarnados en el espíritu del vendedor de libros viejos, que, fiel a su tarea y a la experiencia compartida de los días, ya sólo escucha el sosiego de sus dedos hojeando todas las obras que aún sueña con leer.

What a little moonlight can do.

De improviso se abre la puerta de la calle y un intruso profana la ceremonia de la tarde. Carga, casi arrastra, dos bolsas repletas de libros. Las posa en el suelo, mira nervioso hacia fuera, cierra la puerta, vuelve a echar un ojo a través de los cristales, da un paso hacia el interior de la tienda y sin ver aún quién hay dentro cambia de repente el semblante de hampón —la mirada perseguida de quien acostumbra a buscar la oscura guarida de los portales—, por la atrevida labia del barbián.

—¿El baranda del establecimiento? ¡Oído al parche! La fortuna, que acaba de iluminar la mala estrella del menda,

se afana por engordar las vigas de este tendejón. De chipén, con más hojas que la selva del Amazonas, las letras de la A a la Z, inclusive, todas las palabras juntas y en fila, oiga, medalla que no se cuelga ni la Biblia. Mire, suya es la breva por sólo diez papeles. *El Espasa*, una obra de bigote, oiga, como recién salida del horno, los ocho ladrillos del sesenta y dos, más siete apéndices, hasta que a los yanquis les dio por darse un garbeo por la Luna. Lo que vino después, hasta los gatos lo saben, ya no importa. Después de la Luna se acabó la chanza y el porvenir.

—Lo que una pequeña luz de Luna puede hacer —dice el vendedor con las manos en la mesa, agarrada a ella como a una tabla de salvación—. La gangrena, al final, sólo se resuelve cortando por lo sano —receta el médico—. Es la condena lo que en verdad alivia la culpa del reo —sentencia el juez.

If you were mine.

—Venga, compadre, no me haga gastar saliva, que se me seca la sinhueso. Hay que estar chaveta para no ver que la ocasión la pintan calva. Aquí hay afer, se lo dice el chache. ¡Por éstas! Que casque ahora mismo mi vieja si muevo la mojarra sólo para engatusar a un primo. A estos mamotretos, por poco ardilla que sea uno, se les puede sacar más guita que a un virgo en un burdel. Venga, no se arrugue, le dejo la ganga en seis lechugas y no se hable más.

—Si tú fueras mía —dice el vendedor mientras sigue poniendo el precio en la primera página de los libros—. Al pretender curarse, uno mismo malgasta la poca salud que le queda —receta el médico—. Cuanto más huyes de ella, más pronto te atrapa la justicia —sentencia el juez.

Getting some fun out of life.

—¡Quieto, alto ahí mesí! No se me vaya a ir de la muy, que yo no soy ningún randa que va por ahí gateando

al primer julay. A mí la bofia no me conoce ni en cromos y a la ley, chitón, en cuanto la barrunto le hago fu. Aquí no hay más que el menda tuvo la chorra de darse de bruces con los tochos en la rúe. Y uno, a quien todavía le carbura la chola, se olió la manteca. Así que no me maree los cascos, usted o toda la trup que quiera asomarse por ese piquito de oro. ¿O quiere mejor que le vaya con el cuento a otro con más candela en el magín? Ya se lo digo yo, jefe. ¡Por éstas! No hay vuelta de hoja ¡Menudo chollo! ¡Toda la sapiencia del orbe por cuatro cochinos verdes!

—Conseguir algo divertido fuera de la vida —dice el vendedor a la vez que alarga la mano para dar la vuelta a la voz de Billie Holiday—. Cura más el fármaco por viejo que por sabio —receta el médico—. Sólo sé que no sé nada, que diría la justicia —sentencia el juez.

Twenty four hours a day.

—Se lo juro por mis niños, compadre. ¡Más clavado el tiento no lo hay! No sea duro de mollera y figúrese, de bóbilis bóbilis, la viruta que le va a caer del cielo. Me hago cruces si no se apea del burro. Se lo digo, mire, se me revuelven las tripas de pensar en la ruina del trato. ¿O es que acaso tiene susto por si algún rondín, demasiado sereno, se deja caer por aquí y le confunde con un mangui? Ya le digo que no ha lugar. Mi menda, ¡por éstas!, mi menda le porfía que no hay jindama. Ya le digo: con dos billetes salgo de naja y no paro hasta Madagascar.

—Veinticuatro horas al día —dice el vendedor sin mirar ningún reloj, los ojos puestos en el humo de la voz que flota en el aire—. Todas las horas hieren, pero sólo mata la del nacimiento —receta el médico—. Sólo la mueve el viento cuando ya nadie cuelga de la horca —sentencia el juez.

—¡Vale! Estoy harto de matar la araña sin oír el tintineo de un chavo. Así que antes de que nadie me rompa

el bautismo, soy capaz de echarme al colete la churrasca de la obra. ¡Por éstas! Pero ahora me tengo que abrir. Voy a por el buga para cargar los ladrillos, que pesan como un diablo. Mientras tanto, ahí se los dejo en custodia. Un chollo. Piénselo bien. Por la voluntad, mesié, sólo la voluntad. Es mi última palabra.

Please keep me in your dreams.

El intruso cierra la puerta por fuera mientras el vendedor continua con su tarea. Sobre la mesa sus manos se mueven con la monotonía de los avances nocturnos, precavidas, seguras de la extrañeza que siempre encierra el próximo libro. Los dedos van pasando las hojas, siempre las mismas hojas del roble centenario que siguen cayendo, haz y envés sin peso, en todos los otoños de la mesa. Palabras que sólo son aire cuando salen de su boca, pero ahora el silencio empuja como un viento mudo entre las ramas y vuelan las letras hacia sus ojos reseco de no ver ya más que páginas en blanco, desiertos de tinta invisible de lo ya sabido, y sin embargo escritas con la precisa caligrafía de lo que aún queda por decir. La voz sorda de las maderas que crujen el eco antiguo de todas las voces pasadas. Él mismo, el vendedor, lee sólo lo que continuamente va imaginando que lee el vendedor, él mismo.

—Por favor, guárdame en tus sueños —dice el vendedor—. Dormir, he ahí la experiencia cotidiana de la muerte —el médico—. Hasta para la propia conciencia, impune el crimen —el juez—. ¡Oh, el inconsciente! ¡Tercera herida narcisista del hombre! —el catedrático—. Alea jacta est —el poeta—. ¡Date el zuri, ya, colgao! —el intruso—. *Me myself and I* —la mesa con su voz azul imaginada entre trompetas.

Marcelo Matas de Álvaro nació en Béjar (Salamanca, España), en 1962 y reside en Asturias desde 1991. Licenciado en Psicología, ha escrito los cuentos infantiles *El misterio de los nombres cortados* y *Don Quicote de la Manta*; las novelas *Enemiga mortal de mi descanso* y *Yo sé quién soy* así como los volúmenes de relatos *Al final el silencio* y *Agua de palabras*. Ha participado en el libro colectivo *Palabras con Ángel* (AEA, 2008).

Colabora en la revista *Platero*, dedicada a la Literatura Infantil y Juvenil, en el suplemento «Culturas» de *El Comercio* y *La Voz de Avilés* y en la revista digital *Literarias*.

Es autor del blog *Agua de palabras* <marcelomasdealvaro.blogspot.com>, espacio líquido de creación y crítica literaria.



ASOCIACIÓN DE ESCRITORES
DE ASTURIAS